

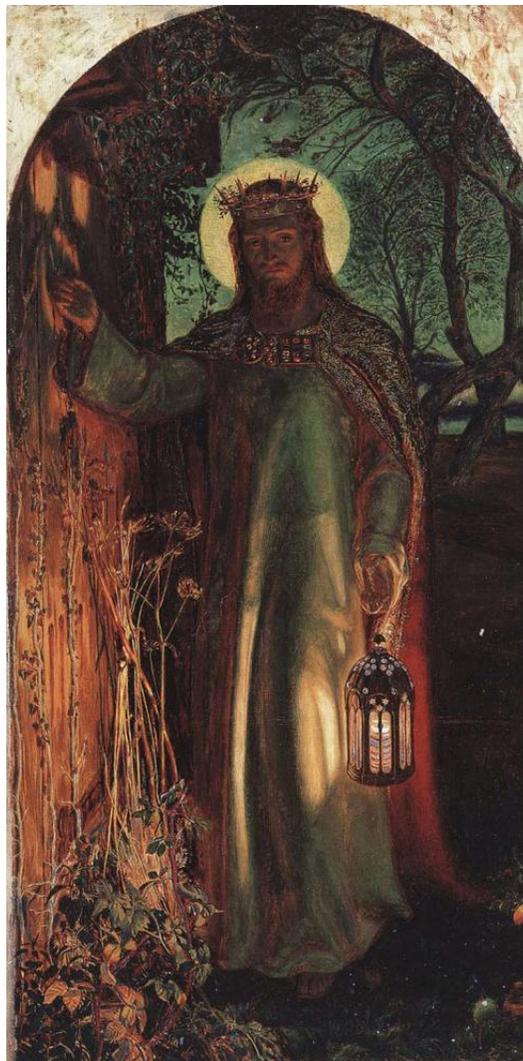
“Haz brillar sobre nosotros, Señor, la luz de tu rostro”

¿Qué debió de sentir aquella pobre madre viuda cuando llegó un profeta y le pidió de comer todo lo que ella tenía para sí y para su hijo? No lo sé, sólo sé que se fió. Se jugó su vida y la de su hijo, todo a una carta: la promesa de ese tal Elías, un hombre de Dios.

Y yo te pregunto, si hoy entrase por la puerta de tu casa Jesucristo, y te dijese: "entregamelo todo: tu familia, amigos, estudios, trabajo, planes, proyectos, bienes, los mejores años de tu vida, aquello que más amas... Y yo te prometo cien veces más, con persecuciones, y la felicidad eterna" ¿Qué harías?

“Vosotros sois la sal de la tierra”. “Vosotros sois la luz del mundo”. Me atrevo a decir que, solamente si es entregada a Cristo, tu vida podrá ser luz para otros y sal que dé sabor a su vida.

Rafael, seminarista



La luz del mundo, William Holman Hunt 1853